



## DOS MUJERES TRAS BAMBALINAS: SOLEDAD ORTEGA Y VICTORIA OCAMPO EN LA REAPERTURA DE REVISTA DE OCCIDENTE (1963). DIÁLOGOS E INQUIETUDES SOBRE EL PASADO Y EL PRESENTE ESPAÑOL Y AMERICANO

*Two women behind the scenes: Soledad Ortega and Victoria Ocampo at the reopening of Revista de Occidente [1963]. Dialogues and concerns about the American and Spanish past and present*

Recibido: 1-12-2024

Aceptado: 10-5-2024

**Ángeles Castro Montero**

Pontificia Universidad Católica Argentina. Argentina

castromonteromaria@uca.edu.ar

Fundación Ortega y Gasset Argentina

 0000-0001-6353-5297

**RESUMEN** “La Gioconda de las Pampas”, apelativo de Ortega y Gasset a Victoria Ocampo, fue una interlocutora privilegiada de Soledad Ortega para el lanzamiento de la segunda época de Revista de Occidente, como se evidencia en su epistolario aún inédito y próximo a publicarse. En medio de la censura del régimen franquista, ambas mujeres intercambiaban ideas y la hija del filósofo aspiraba a dar “lo mejor del pensamiento español y más representativo de fuera de España”. En efecto, en esta segunda etapa, Revista de Occidente dio un gran espacio a los intelectuales del continente americano. Este trabajo indagará y analizará esta presencia y la de sus pares peninsulares con el estudio de aquellos artículos que se sumergían en las controversias y en las discusiones sobre la identidad, los orígenes, el nombre, la lengua, la cultura, la filosofía y también los desafíos sociales, entre ellos el problema de la liberación y de la expresión femenina, particularmente en el marco de los agitados años sesenta y comienzos de los setenta. Tras bambalinas, la opinión y el respaldo de la experimentada directora de la revista Sur de Argentina eran estimados por Soledad Ortega.

**PALABRAS CLAVE** Revista de Occidente. Revista Sur. Soledad Ortega. Victoria Ocampo. Redes de revistas.

**ABSTRACT** “La Gioconda de las Pampas”, Ortega y Gasset’s nickname for Victoria Ocampo, was a privileged interlocutor for Soledad Ortega for the launch of the second period of Revista de Occidente, as evidenced in her still unpublished and soon-to-be-published epistolary. In the midst of the censorship of the Franco regime, both women exchanged ideas and Soledad Ortega aspired to give “the best of Spanish thought and the most representative of outside Spain”. Indeed, in this second stage, Revista de Occidente gave great space to intellectuals from the American continent. This work will investigate and analyze this presence and that of its peninsular peers with the study of those articles that immersed themselves in the controversies of identity, origins, name, language, culture, philosophy and also social challenges, among them the problem of liberation and feminine expression, particularly in the context of the turbulent sixties and early seventies. Behind the scenes, the opinion and support of the experienced director of the Argentine magazine Sur was valued by Soledad Ortega.

**KEYWORDS** Revista de Occidente. Revista Sur. Soledad Ortega, Victoria Ocampo. Magazine’s networks.

### Como citar este artículo:

Castro Montero, Ángeles (2025): “Dos mujeres tras bambalinas: Soledad Ortega y Victoria Ocampo en la reapertura de Revista de Occidente (1963). Diálogos e inquietudes sobre el pasado y el presente español y americano”, en *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, (24), pp. 51-66. <https://dx.doi.org/10.12795/RIHC.2025.i24.04>

## 1. Introducción

La modernidad del mundo de entreguerras transitó en sus distintas expresiones por los caminos de letras y de papel en habla castellana trazados por *Revista de Occidente* desde Madrid en 1923 y por *Sur* desde Buenos Aires a partir de 1931. Ambas revistas constituyeron un espacio de búsqueda y de exhibición de productos culturales vanguardistas para ofrecer a sus lectores peninsulares y americanos.

*Revista de Occidente* tuvo una vitalidad vigente hasta nuestros días, a pesar del impacto sufrido por la Guerra Civil Española: la revista cerró y así culminó su primera época. Sin embargo, en 1963 abrió nuevamente sus páginas-puertas y se reanudó la senda de la cultura, bajo la dirección de su hijo, José Ortega Spottorno. Sin figurar, estaba Soledad a cargo del cuidado de la edición y de las traducciones, como relataba a su amiga Victoria Ocampo. Cuando se iniciaba la segunda época de la publicación española, la escritora argentina se ocupó de correr ese velo para validar a su amiga en un artículo de *Sur* y escribió en “Saludo a la *Revista de Occidente*”: “cuyo nombre no figuraba en la *Revista*, pero cuyo trabajo silencioso, anónimo y eficaz adivino, pues conozco su devoción por quien la educó y quise tanto”, (Ocampo, 1963: 3-4). De esta manera, se activaba nuevamente para sus lectores el vínculo entre ambas publicaciones.

Este trabajo tiene en cuenta los aportes sobre las tramas intelectuales y las redes de revistas latinoamericanas (Tarcus, 2020: 5-36) que se toman aquí en préstamo y ayudan a analizar los hilos temáticos y de autores tejidos entre la *Revista de Occidente* en Madrid y la revista *Sur* en Buenos Aires, publicación emblemática del continente americano. No es posible soslayar los trabajos de Noemí Girbal Blacha y Diana Quattrocchi Woisson (1999) ni los de Saúl Sosnowsky (2002) como tampoco los de Christophe Charle (2000, 2004) sobre la centralidad del objeto revista y de los escritores en el campo de la historia cultural y de los intelectuales. Los conceptos de la teoría de las transferencias culturales, particularmente sobre la circulación de ideas a través del espacio atlántico (Espagne & Werner, 1988; Espagne, 1999), permiten abordar las agendas de temas que aparecieron en *Revista de Occidente* durante la segunda época. Nuevos talentos –españoles y americanos– y la participación de Victoria Ocampo, junto con algunos miembros de su grupo del período de entreguerras, se dieron cita en varios números de la publicación española.

La metodología que se aplica en este estudio consiste en la lectura e interpretación de un corpus de artículos de intelectuales hispanoamericanos y españoles en *Revista de Occidente* que se refieren a los problemas señalados y conectados entre sí: la identidad, los orígenes y la discusión sobre el nombre: Iberoamérica, Hispanoamérica, Latinoamérica. Las polémicas sobre la denominación desembocan en la discusión sobre el legado de España, los orígenes y el mestizaje. Estos debates hacen especial hincapié en la lengua, la literatura y en las manifestaciones artísticas. Este estudio se enriquece con el análisis simultáneo del epistolario entre Soledad Ortega y Victoria Ocampo quienes impulsaron y sostuvieron, cada una desde su lugar, el relanzamiento de este medio de comunicación cultural.

En este caso se hace evidente que las trayectorias de los editorialistas muestran de manera privilegiada que una obra es siempre un punto de encuentro tanto de la vida de un grupo como de la vida individual (Goldmann, 1980:92). Ese entramado de relaciones personales forjado entre José Ortega y Gasset y Victoria Ocampo comenzó a partir del primer viaje del filósofo a la Argentina en 1916, cuando fue invitado por la Institución Cultural Española, asociación de emigrantes españoles radicados en Buenos Aires. Esa travesía contó también con la mediación de la Junta para la Ampliación de Estudios, establecida en Madrid, para que el joven filósofo dictara cursos en la Universidad de Buenos Aires y pronunciara múltiples conferencias en varios espacios culturales de la capital, como así también en los de otras ciudades importantes del país. Las numerosas cartas entre ambos (Campomar, 2023: 176-177) dan testimonio de esa amistad intelectual forjada con complicidades, desacuerdos, reproches y afecto: “Querido Ortega: Tu silencio es tan profundo como el de ‘esos espacios infinitos’ que aterraban a Pascal. [...] Tengo muchísimas ganas de verte (mucho necesidad) y espero que vengas a París *ahora*”, reclamaba imperativa Victoria. Pocas líneas después le comentaba: “En cuanto a la revista, son proyectos en el aire cuyo origen te explicaré”, en referencia a las conversaciones que tuvieron para que Ocampo iniciara lo que sería *Sur* en 1931<sup>1</sup>.

Ella y escritores como Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges y Oliverio Girondo fueron representantes de la vanguardia del continente americano en *Revista de Occidente* y, algunos de ellos, fueron miembros ineludibles del grupo intelectual que se formó en torno a esta revista argentina. En 1967, cuando *Sur* cumplió treinta y cinco años de vida ininterrumpida, a pesar de las vicisitudes políticas y financieras, su fundadora recordaba en *Revista de Occidente* aquellas conversaciones con Ortega y con Waldo Frank sobre los objetivos: “publicar una revista que se ocupe principalmente de los problemas americanos bajo varios aspectos, y donde los americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen en América” (Ocampo, 1967: 11). Así, durante el período de entreguerras, los números de estas dos revistas con colaboraciones de intelectuales hispanoamericanos y españoles –como las de Guillermo de Torre y Ramón Gómez de la Serna, residentes en Buenos Aires– cruzaban el Atlántico en viajes de ida y vuelta.

## 2. La segunda época de *Revista de Occidente*. Soledad Ortega y Victoria Ocampo en la reconstrucción y la vigencia de las redes de dos revistas culturales.

Esa relación de profunda amistad se extendió a la hija del filósofo, Soledad Ortega Spottorno, de quien Victoria Ocampo afirmaba que podía ser la madre por la diferencia de edad. Sin embargo, la autora argentina destacaba que entre ellas había una “*nuance*”, un

1. Carta de Victoria Ocampo a José Ortega y Gasset, París, c. enero de 1930.

tono distintivo: “en lo que se refiere al problema de la mujer, creo que nos entendemos mejor que con tu padre”<sup>2</sup>.

Era el otoño en Madrid y la primavera en Buenos Aires de 1962. Las cartas entre Soledad Ortega y Victoria Ocampo iban y venían, con mayor extensión y asiduidad por parte de la hija del filósofo, fallecido hacía siete años. Indudablemente, los lazos personales fueron muy importantes para el proyecto de Soledad de lograr un nuevo lanzamiento de *Revista de Occidente* y consolidar una comunidad creativa iniciada en 1923. Como sostiene Regis Debray (2007: 7), se trataba de reavivar la creación de esa “grafósfera”, definida como “la edad de la razón y del libro, de la prensa y del partido político” y donde las revistas culturales son impensables sin escritores, críticos, ensayistas, filósofos que quieren comprometerse con su profesión, con la esfera pública; intelectuales que buscan postular una agenda intelectual y disputar un espacio profesional o académico” (Tarcus, 2021: 197).

En ese rico epistolario entre estas dos mujeres pertenecientes a dos espacios y a dos generaciones diferentes se percibe que estaban unidas por lazos personales heredados y por preocupaciones compartidas y comunicadas en la lengua castellana, ya que la correspondencia de Ocampo a Ortega y Gasset fue escrita totalmente en francés. En cambio, la directora de *Sur* se apropió del castellano en sus cartas a la hija del filósofo, sin abandonar expresiones coloquiales o citas francófonas. En un castellano rioplatense, en un artículo de *Sur* su directora afirmaba que se trataba de “la misma lengua, con matices diferentes” (Ocampo, 1967:130). Su preocupación por la corrección y comprensión lingüística en castellano ya se asomaba en la correspondencia entre ambas antes de la reaparición de *Revista de Occidente*. Desde Nueva York, Victoria expresaba sus inquietudes sobre la compleja situación política de la Argentina y se lamentaba de que era una realidad común con otros países latinoamericanos. Empleó, dudosa, una expresión argentina, proveniente de las actividades ganaderas, caer en la volteada: “Aquí, desde luego, oigo a cada rato ‘En esas repúblicas...’, refiriéndose a Sudamérica. La mía está incluida, cae en la volteada (como decimos. No sé si el término es o no español también) ¿Qué voy a decir? ¿Cómo voy a protestar? Antes sí. Ahora ya no. Estamos todas en un mismo nivel de republiquetas”<sup>3</sup>.

En esa misma carta, Victoria comentaba a Soledad que estaba leyendo *Ten keys to Latin America* de Tannenbaum<sup>4</sup>. Le interesó mencionar a su amiga la opinión de este autor quien afirmaba que los intelectuales del continente se preguntaban hacia dónde iban su destino y su cultura<sup>5</sup>. Soledad, a los pocos días, respondía: “Me interesa mucho todo lo que me citas y me cuentas sobre Hispanoamérica y Argentina”<sup>6</sup>. En estas líneas se advierte el interés de la hija del filósofo por lo que ocurría en el país donde ella había vivido algunos años del exilio junto a parte de su familia, como también ese interés comprendía a los otros países de habla

2. Victoria Ocampo a Soledad Ortega, París, 15 de agosto de 1962.

3. Victoria Ocampo a Soledad Ortega, Nueva York, 30 de septiembre de 1962. El subrayado está en la carta original.

4. Tannenbaum, F. (1962): *Ten keys to Latin America*, New York, Columbia University.

5. Victoria Ocampo a Soledad Ortega, Nueva York, 30 de septiembre de 1962.

6. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid 3 de octubre de 1962.

castellana. Puede plantearse que en esta respuesta de Soledad Ortega aparecen los esbozos de la agenda de los diversos temas americanos que se publicarían en la nueva etapa de *Revista de Occidente*.

El control político a través de la censura es determinante en la configuración de las publicaciones y *Revista de Occidente* no escapó a esa circunstancia (Sobrino Vegas, 2014: 831). Sin embargo, Soledad era optimista y le contaba a Victoria en cartas del 3 y del 24 de octubre de 1962: “José parece decidirse a resucitar la *Revista*. Los tiempos que corren aquí son propicios para ello” y luego: “La republicación de la *Revista de Occidente* parece que va a ser un hecho”<sup>7</sup>. Aunque tenía sus reparos, en otra carta del 20 de febrero de 1963, sobre la fecha del lanzamiento, expresaba sus dudas sobre la publicación de un artículo de Victoria en la reapertura de la revista: “No sé si va a ser posible meterlo ya en el primer número porque ya han ido a censura las copias de todos los artículos (no te olvides que aun vivimos con esas demoras, aunque ya sean más demoras que otra cosa)”<sup>8</sup>.

## 2.1. “Independencia y liberación”: sus significados en Soledad Ortega y en Victoria Ocampo

Resulta de interés destacar las inquietudes de la hija de Ortega y Gasset y el rol de una mujer en esta empresa intelectual. Si bien su hermano, José Ortega Spottorno, sería el director de la revista, ella contaba a su amiga sobre cuál sería su papel allí: “En fin, por lo que a mí personalmente respecta, me gustaría mucho. Tendría ahí más posibilidades de trabajo, no sé cuáles porque yo no sé nada en concreto, pero posibilidades... y para mí el trabajo significa independencia y liberación o algo que pueda parecerse vagamente a eso”<sup>9</sup>. En esta carta aborda su inquietud personal y constituye uno de los anhelos de algunas de las mujeres de esa época: “independencia y liberación”, dos expresiones vigentes en los años sesenta y setenta.

Sin embargo, la cuestión de la libertad femenina no era un tema novedoso. En 1934 Victoria Ocampo estaba comprometida con la expresión escrita de las mujeres y publicó en *Revista de Occidente* “Carta a Virginia Woolf”. Emocionada, relató su encuentro con la escritora inglesa y la conversación entre ambas sobre las dificultades que las mujeres –con o sin educación– enfrentaban para escribir, tanto en el pasado como en ese momento del siglo XX (Ocampo, 1934: pp.170-177). Irene Chikiar Bauer, en una reciente biografía del encuentro entre Woolf y Ocampo, enumera las coincidencias entre ambas mujeres. Entre ellas, Chikiar Bauer identifica

el deseo de escribir profesionalmente, a pesar de no contar con educación institucional, hasta, y esto las conecta estrechamente, la preocupación por el rol de las mujeres en la sociedad del pasado y del presente, y el vivo interés en lograr que las mujeres accedan a todas las

7. Soledad Ortega Victoria Ocampo, Madrid, 24 de octubre de 1962.

8. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid, 20 de febrero de 1963.

9. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid, 6 de octubre de 1962.

profesiones en igualdad de oportunidades con los hombres, y que las escritoras del futuro, que es hoy, puedan tener la misma educación que ellos y puedan escribir con libertad. (Chikiar Bauer, 2023, 15).

En efecto, este interés de Ocampo se evidencia en sus conferencias y en su obra. Un año después, en 1935, Victoria pronunció una conferencia radiofónica interoceánica entre Buenos Aires y Madrid, titulada “La mujer y su expresión” que luego fue publicada en *Sur*. La escritora argentina se quejaba del silencio femenino impuesto por los hombres y del monólogo masculino. Con los modelos de Virginia Woolf, Marie Curie, Gabriela Mistral y María de Maeztu, Ocampo planteaba una hoja de ruta para un combate:

Contra ese complejo de inferioridad debemos luchar (...) Y no veo otro modo de luchar contra él que dar a la mujer una instrucción tan sólida, tan cuidada como la de los hombres y respetar la libertad de la mujer exactamente como la del hombre. No solo en teoría sino en la práctica. En estos tiempos los países más civilizados la aceptan. Y en este sentido España después de la Revolución [en referencia a la instauración de la II República] ha marchado a saltos.

Y agregaba su definición de libertad femenina: “Por libertad, nosotras, las mujeres, entendemos responsabilidad absoluta de nuestros actos y autorrealización sin trabas” (Ocampo, 1935: 30). Aquí aparecen dos cuestiones: una, esa *nuance*, ese matiz diferente que Ocampo tenía con Ortega, “mi segundo encontronazo”, a partir de la crítica del “exigente filósofo” sobre la poesía de Ana de Noailles: “disiento –como disentía entonces– con las conclusiones que saca Ortega de esta obra en particular sobre las mujeres en general” (Ocampo, 1963: 74-77). Se trataba de un desacuerdo sobre la afirmación orteguiana de que el lirismo constituía una condición masculina.

La segunda cuestión que se desprende de los textos públicos y privados entre ambas es el estrechamiento del vínculo de la experimentada escritora y editora con la hija del pensador a partir de un haz de inquietudes compartidas sobre la libertad, las capacidades de las mujeres y la continuidad de una lucha por la igualdad de derechos a través del camino de la educación, de la cultura y del trabajo para alcanzar, sin trabas, la plenitud personal. La labor de ambas fue visible para lograr la reapertura o la resurrección, como decían los hijos, de la revista de su padre.

Soledad estuvo entre las bambalinas ocupándose de las traducciones, copiando a máquina las cartas -“hago de mecanógrafa”-, archivando la correspondencia nueva y la paterna, cumpliendo tareas esenciales para la puesta en marcha y la continuidad de la revista cuando ya había sido relanzada. Sin embargo, también tenía un programa muy claro de lo que pretendía en esa nueva época y la anterior: “continuidad con las naturales modificaciones que el tiempo impone”<sup>10</sup>. Una valiosa carta entre Soledad Ortega y Victoria Ocampo, del 18 de diciembre de 1962 saca a la luz el diálogo entre ambas intelectuales acerca de las expectativas respecto de la *Revista*:

10. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid, 18 de diciembre de 1962.

Ha de ser, como la antigua, una revista de pensamiento y creación, nada erudita [...]. Incluirá pues literatura (cuento, teatro, algo de poesía), sociología, economía (no en el terreno político), artes, ciencias e incluso política (no concreta, sino teórica). Junto a ello, descripción de los nuevos hechos que, en lo profundo están transformando el mundo, panoramas de la actividad intelectual en los diferentes países o análisis de su estructura social y de su estimativa.

Consciente de que *Revista de Occidente* había cumplido una labor de divulgación de “lo extranjero en España y en parte de Hispano-América”, en esta segunda época, Soledad Ortega anhelaba que fuera una revista “viva” entendida como un diálogo: “Creo que más bien que el *quid* está en el talento del director y del secretario para combinar las aportaciones de los colaboradores de modo que unas cosas y unos números resulten en cierto modo de respuesta de otros”<sup>11</sup>. Siguiendo los estudios de Tarcus sobre lo que conceptualiza como “campo revisteril”, Soledad Ortega planteaba una nueva lógica: continuidad, apertura y diálogos (Tarcus, 2020: 16-23).

Si se toma en cuenta el estudio de Vera Balanza y Ballesteros García (2021: 42-64) se manifiesta cómo se aplica la hermandad, una coalición entre hermanas intelectuales, también en este caso en el que ambas mujeres fueron re-construyendo y creando una nueva red de colaboraciones de españoles y latinoamericanos en el lanzamiento de revistas y de editoriales ya que ambas revistas contaron con sus propios sellos editores. En 1978 Soledad Ortega continuó el impulso de llevar adelante empresas culturales y constituyó la Fundación Ortega y Gasset de Madrid, en la misma sede donde funcionó la Residencia de Señoritas, obra de María de Maeztu, otra mujer que fue un motor de la igualdad femenina (Márquez Padorno: 2023).

## 2.2. La agenda hispanoamericana en *Revista de Occidente*. Controversias entre americanos y españoles sobre la identidad de América: indigenismo, legado español y mestizaje.

Finalmente, en abril de 1963, se concretaba el proyecto de reapertura y no podía faltar la presencia de Victoria en el primer número, una pluma clave para enlazar la primera época con la segunda. Como ella decía, se trataba de “reincidir” (Ocampo, 1963:72-78). Poco tiempo después, se ocupó de saludar y alentar a *Revista de Occidente* desde *Sur* en las primeras páginas del número bimestral de junio-julio de ese año, como ya se ha evidenciado (Ocampo, 1963: 3-4). Soledad reconocía el valor que tenía la presencia de la escritora argentina: “tú, una directora de revista con muchas horas de vuelo y que hemos salido con tu espaldarazo en el primer número”<sup>12</sup>.

11. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid, 18 de diciembre de 1962.

12. Soledad Ortega a Victoria Ocampo, Madrid, 2 de noviembre de 1964.

Esa voluntad orteguiana de abrirse a los nuevos horizontes de diversos países se hace evidente al detectar que diferentes expresiones y reflexiones sobre el continente americano ocupan varias páginas a lo largo de varios números que aparecen en estos años. Ese *corpus*, aún más amplio ya que aquí se presenta una selección, constituye en sí mismo todo un capítulo en la historia intelectual del campo de las revistas culturales y que permite sumar nuevas miradas. Desde 1963, con la publicación de los cuentos del argentino Julio Cortázar (Cortázar, 1963: 308-315) y del venezolano Arturo Uslar Pietri (Uslar Pietri: 1963: 301-329) aparecen paulatinamente firmas de autores latinoamericanos, y es a partir de 1965 cuando se incrementan estas colaboraciones. La redacción de la revista introducía un comentario de presentación a los artículos de Héctor Murena y de Enrique Dussel, escritores argentinos, que se referían a la situación de América Latina de los años sesenta: “Nos complace acoger entre las notas de este número dos interesantes textos que coinciden en ser testimonio de un estado de preocupación y de conciencia reflexiva de sus actuales problemas por parte de los países hispanoamericanos” (Nota de redacción, 1965: 77). Precisamente, Héctor Murena constituía una voz representativa de ese proceso de autoconciencia de tono ensayístico, exegético, como tituló esta colaboración: “América, su pecado y sus exégetas”. El ensayo era un género muy cultivado por Ortega y Gasset como también por el grupo Sur del período de entreguerras del que el joven Murena fue un continuador en los años sesenta.

Las propuestas de Murena pueden emparentarse con los intereses del norteamericano Waldo Frank, quien incursionó en esta vía ensayística partiendo desde lo geográfico (la tierra), lo histórico (el tiempo) y lo humano para explicar lo que llamó *Redescubrimiento de América* (1930) y que *Revista de Occidente* publicó como libro. Waldo Frank puede ser entendido también como un mediador cultural entre Estados Unidos, Argentina y España, insertado en las redes intelectuales lideradas por Ortega y Gasset y Ocampo.

El ensayista argentino planteaba que América tenía que encontrarse, descender al fondo de sí misma con movimientos que significaban una negación de lo occidental, “descender a lo informe, a sus zonas abismales, (...) No puede permitirse nada que no haya sido creado por sí”; el haber abandonado ese rumbo, la condujo a su “pecado” (Murena, 1965: 77). Se expone aquí un desafío de ruptura con España y una propuesta de una búsqueda y de un rescate de la diferencia americana, entendida como ese pasado no contaminado con lo racional y lo europeo. Sin embargo, se advierte que Murena no lo logra ya que asume el concepto cristiano de “pecado”.

Por su parte, Enrique Dussel reflexionaba sobre la autoconciencia y el origen de la América no anglosajona. Su artículo evidenciaba un razonamiento en términos dialécticos entre las tesis indigenistas, definiendo a la más extrema: “que negará por principio la obra hispánica y exaltarán todo valor anterior a la conquista” (Dussel, 1965: 92-93) y su contradicción con las posturas liberales, hispanistas y marxistas. Deudor de Ortega y Gasset, sin nombrarlo, Dussel consideraba que la historia de América se “muestra heterogénea e invertebrada” y reconocía explícitamente la circulación de ideas: “irradiaciones que vienen desde afuera que cruzan el Atlántico” y que “por reacción van constituyendo una civilización y una cultura

latinoamericana". Su propuesta consistía en asumir la totalidad de nuestro pasado y en penetrar en la historia universal, "siendo nosotros mismos" (Dussel, 1965: 95).

La discusión que había comenzado sobre Hispanoamérica llegó a un punto tal que *Revista de Occidente* destinó el número 38 de 1966 a estas controversias y que respondía al plan que había pensado Soledad Ortega: abrir un diálogo entre autores, en este caso, entre americanos y españoles. Los hilos conductores que aparecen en estos textos son las reflexiones sobre la identidad americana, sobre sus orígenes, su pasado prehispánico y colonial. En muchos textos se hacen evidentes tanto el llamado a una toma de conciencia como una incesante interrogación acerca de si el continente de habla castellana había completado su independencia, inquietudes que no eran ajenas a los procesos de descolonización que ocurrían en esos años en Asia y en África. Estas ideas sobre la identidad no podían separarse de los desacuerdos sin fin sobre el nombre: Iberoamérica, Hispanoamérica, Latinoamérica. En este número 38 se distinguen tres alineamientos en clave de dialéctica: el indigenismo, la revalorización de lo español y la superación de ambas posiciones que, algunos autores consideran mestizaje, es decir, una síntesis entre las dos primeras posturas. Desde la filosofía, el mexicano Leopoldo Zea planteaba una propuesta que superara las antinomias: una filosofía sin adjetivaciones, sin repeticiones importadas de sistemas ni un pensamiento propiamente latinoamericano, simplemente hacer filosofía. "Será la respuesta latinoamericana a la pregunta sobre su propia existencia" (Zea, 1966: 217).

La dirección de la revista recurrió a la voz autorizada de Gabriela Mistral para encabezar este ejemplar especial, sacando a la luz un texto que la autora chilena había preparado para un libro sobre José Martí y que no llegó a publicar antes de su muerte, ocurrida en 1957. En esta ocasión, *Revista de Occidente* tomaba en préstamo las palabras que había pronunciado en La Habana en 1934. Mistral, Premio Nobel de Literatura en el año 1945, había tenido una gran proximidad con el Lyceum Club Femenino, fundado en los años veinte en Madrid –integrado por mujeres de vanguardia como Clara Campoamor, María de Maeztu, Victoria Kent entre muchas más– y también había sostenido una relación de confianza con Ocampo, formando parte de esa red cultural femenina y transatlántica. A partir de su estudio sobre la obra del escritor cubano, particularmente, sobre sus artículos periodísticos dispersos y recogidos en *Nuestra América*, por el dominicano Pedro Henríquez Ureña –figura clave del grupo intelectual de *Sur*–, Gabriela Mistral entendía que la originalidad de América y sus aportes residían en su lengua. Martí, sin abandonar la lealtad al castellano, contribuyó a enriquecer el vocabulario, la sintaxis, la metáfora espléndida sin tropicalismo peyorativo, situándolo como una guía para los hombres de América. (Mistral, 1963: 133-150).

En esta ida y vuelta de ideas que presentaba particularmente este número de la revista titulado: "Número extraordinario. Dedicado a Hispanoamérica", algunos autores españoles fueron convocados para dar sus argumentos y en los cuales es posible detectar la perplejidad acerca de la hostilidad de Hispanoamérica hacia España. Pedro Laín Entralgo interrogaba a los americanos en estos términos: "Pero la causa eficiente de esa vigorosa actualización de lo autóctono ¿de dónde ha salido? ¿Solo de un indigenismo sentimental y políticamente hostil contra España? ¿Solo de una secreta voluntad de prescindir a toda costa de la cultura

de España que llevó a América? Este es el problema” (Laín Entralgo, 1966: 153). Su afirmación era categórica: imposible desechar la cultura española, España implantó Europa en América, es decir, “la fusión del legado helénico, el cristianismo y la germanicidad” y sostenía: “América toda es una prolongación de Europa” (Laín Entralgo, 1966: 154 y 156). En esta misma línea, a propósito de la obra de los hermanos von Humboldt y sus conocimientos sobre el continente, Luis Diez de Corral destacaba: “la mayor empresa histórica de España es la europeización racial, cultural y religiosa de América, solo sucedera con la mentalidad igualitaria de la Europa del siglo XVI” (Diez de Corral, 1966: 283). No obstante, la unidad que había forjado España se disolvió por el proceso de las guerras de independencia y por las luchas en la construcción de los nuevos estados durante el siglo XIX. La mayor herencia que había dejado España, por encima de los particularismos lingüísticos, residía en el lenguaje escrito donde persistía una “mayor sensación de unidad”, según Rafael Lapesa se trataba de una “*koiné*” (Lapesa, 1966: 310).

En estos diálogos transatlánticos seleccionados en *Revista de Occidente* las referencias al catolicismo son mínimas, en un momento de grandes cambios en la Iglesia al calor del *aggiornamento* propuesto por el Concilio Vaticano II y su impacto en América Latina con el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo y el nuevo enfoque de la Teología de la Liberación. Los debates, principalmente, giraban en torno a la lengua, la identidad, el mestizaje, el pasado y el presente, sin dejar de lado los artículos que abordaban las perspectivas futuras para la región.

En este número 38, tan rico para observar y analizar ese tráfico de posturas, José Ortega Spottorno y Paulino Garagorri, el secretario de redacción, convocaron al norteamericano George Kubler, especialista en arte precolombino e hispanoamericano, y ubicaron su artículo en un lugar para que respondiera al de Laín Entralgo. Desde la perspectiva artística, Kubler colocaba sobre el tapete sus definiciones de indigenismo: “actitud contemporánea de preocupación por la retención de estilos anteriores a la conquista como se ven en los murales de Diego Rivera” y mestizaje: “significa una mezcla colonial de material indígena y extranjero”, (Kubler, 1966: 158). En su análisis dejaba también traslucir conceptos tan propios de los años sesenta como periferias y metrópolis. Su propuesta se cimentaba en privilegiar una reconstrucción de la antigüedad americana: “el profundo pasado americano se mantiene tangible para excitar una prolongada y hasta interminable especulación sobre su recuperación” (Kubler, 1966: 164). Consideraba al mestizaje como una “Edad Media americana de vida colonial”, sin poder sustraerse tampoco de la periodización histórica eurocéntrica, pero aplicada al pasado del continente (Kubler, 1966: 165). Desde su perspectiva norteamericana, el historiador del arte eligió la denominación de América Latina a lo largo de su trabajo.

Fernando Chueca Goitia en “Invariantes en la arquitectura hispanoamericana” respondía a Kubler con un minucioso, técnico e ilustrado estudio sobre la imponente arquitectura religiosa, importada por España, en la inmensidad de la geografía americana. Ponía de relieve la herencia mudéjar y los diferentes, ricos y libres lenguajes arquitectónicos que España creó y dejó en América (Chueca Goitia, 1966: 273), como también un sentido de unidad que se extiende por todo el continente de norte a sur. El mexicano Rubín de la Borbolla, con el

fin de exaltar el sello propio americano, decía contundentemente e ilustraba con diversas imágenes que el arte popular y las artesanías precolombinas mexicanas no habían tenido contactos con culturas de otros continentes como la europea, sino que la circulación de estilos y materiales se había producido entre los mismos pueblos americanos (Rubín de la Borbolla, 1966: 218-226).

Es notable distinguir cómo los autores españoles elegían la palabra Hispanoamérica para los títulos de sus colaboraciones y, en cambio, desde la otra orilla del Atlántico había, a su vez, una tendencia a evitarla, tanto en este número como en otros de los años siguientes. Así, Leopoldo Zea escribió “Sentido de la filosofía en Latinoamérica” (Zea, 1966: 206-217) y el ecuatoriano José Miguel Carrillo de Albornoz, “Iberoamérica está en marcha” (Albornoz, 1968: 39-45) para mencionar algunos casos. Desde su exilio, José Gaos titulaba “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana” (Gaos, 1966: 168-178); Julián Marías, “Hispanoamérica desde el escritor” (Marías: 1966: 179-190); Guillermo de Torre, “La originalidad de la literatura hispanoamericana” (de Torre, 1966: 191-205). Precisamente, Marías y de Torre fueron quienes se internaron en la polémica inconclusa sobre los diferentes nombres. El discípulo de Ortega y Gasset que visitó en varias oportunidades la Argentina, con vehemencia, decía: “la América Latina *no existe*, es una denominación caprichosa e inexacta. No hay un público ‘latino’ ni América constituye un público para ninguna lengua latina que no sea el español” (Marías, 1966:185). Carlos Altamirano ha estudiado las narrativas y las obsesiones sobre la identidad americana y ha constatado que para muchos autores América Latina era un neologismo que no daba nombre a una realidad tangible (Altamirano, 2021:69). Para Guillermo de Torre, conspicuo miembro del grupo de la revista *Sur*, no existía otro nombre válido que el de Hispanoamérica e insistía en que “*Amérique Latine* era invención francesa sumamente caprichosa” (Torre de, 1966: 193). Se preguntaba “¿Qué decir ahora de otro nombre imposible: Indoamérica?” (Torre de, 1966: 195), advirtiendo todos los atajos que se tomaban para evitar lo español, considerada una palabra tabú.

Erudito en la literatura en lengua castellana, Guillermo de Torre, ya durante la primera época de *Revista de Occidente*, desde el espacio rioplatense debido a que residía en Buenos Aires, había reseñado antologías de la nueva poesía americana, simplemente, sin las añadiduras de hispana, latina o íbera. Estas producciones poéticas tendían a buscar sus temas de inspiración en lo autóctono y con medios de expresión propios. De manera exigente, las juzgó como atlas elementales, prematuros e incompletos de los que podían guiarse los cartógrafos literarios “cuando intenten determinar los grados de latitud que alcanza, en un momento dado, el barco metafórico del ‘espíritu nuevo’, salido de Europa, al costear cualquier punto lejano del Atlántico o del Pacífico” (de Torre, 1927: 273). Para de Torre, con este cierre, aunque reconocía el talento en Borges y en Girondo, las novedades partían del Viejo Continente. Sin embargo, en los años sesenta reconoció la originalidad de literatura hispanoamericana, con “una personalidad más acusada y a la par más abierta a influencias y a asimilaciones”, aunque también se pronunciaba en contra de los estereotipos nacionalistas. (de Torre, 1966: pp. 204-205).

### 2.3. La nueva literatura latinoamericana y la convivencia intergeneracional en *Revista de Occidente*

Esa lengua común que ya había permitido la circulación continental y atlántica de textos en castellano desde los tiempos virreinales, permitió aún más, según Ángel Rama, en la década del sesenta transformar algunas obras de escritores de América Latina en objetos de ventas muy exitosos. El crítico uruguayo identificaba varios factores para que se produjera el llamado “boom” de la literatura latinoamericana. En primer lugar, situaba a las nuevas técnicas publicitarias aplicadas por las editoriales para incrementar las ventas de los autores noveles y también consideraba fundamental el notorio progreso de la escuela primaria y secundaria para ampliar el mercado de lectores (Rama, 2004: 168). En *Revista de Occidente*, Arturo Uslar Pietri destacó el realismo primitivo, el costumbrismo, lo fantástico y lo mágico de la original y profunda literatura latinoamericana (Uslar Pietri, 1967: 26). El filólogo polaco, pero residente en Caracas, Ángel Rosenblat, desmenuzó minuciosamente –con un fuerte apoyo teórico, histórico y sociológico– las innovaciones gramaticales, sintácticas y de pronunciación en Hispanoamérica, para culminar con una afirmación y un par de interrogantes abiertos al futuro: “Cada generación es responsable de la vida de su lengua. ¿No es ella el legado más precioso de los siglos y la gran empresa que nos puede unir a todos?” (Rosenblat, 1967, p.191).

Murena decía: “nacer en estos países puede llevar a la perplejidad y a la reflexión. ¿Por qué se nació en un país así?” (Murena, 1968: 23). Los artículos sobre temas americanos no abandonaron las páginas de *Revista de Occidente* porque se habían abierto un debate profundo donde el futuro del mestizaje y de la lengua ocupaban lugares centrales. Sin embargo, junto con los artículos de corte ensayístico, en 1969 *Revista de Occidente* dispuso una sección llamada “Escritores de Hispanoamérica” para publicar los trabajos de Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes. Ya había incluido y continuó con estudios críticos sobre las obras de Jorge Luis Borges (Doreste Velázquez, 1967: 50-62), Ernesto Sábato, Juan Rulfo y Juan Carlos Onetti, “de toda esa impresionante galería de pesos pesados de la novelística”, como los calificó Luis Alfonso Diez (1970: 367). Aunque esa sección no se redujera solamente a escritores de novelas, sino que también encontramos cuentos, ensayos y poesías. Rubén Darío, poeta modernista, seguía suscitando estudios y relecturas en términos dialógicos desde la perspectiva del experimentado Guillermo de Torre y el joven crítico venezolano Guillermo Sucre (de Torre, 1968, 69-75; Sucre, 1968: 46-68). Escritores de América y de España, sin importar el tiempo ni la distancia, se encontraban en la revista editada en Madrid, como había pensado Soledad Ortega, donde unos autores y otros se respondieron y, en ocasiones, debatiendo entre sí.

Hubo en 1971 un ejemplar dedicado a la literatura de Argentina y Victoria Ocampo fue invitada a dirigirlo. No era un encargo que ella hubiera soñado, según escribió a José Ortega Spottorno. Con su humor tan argentino y parafraseando a Mariano Moreno, un revolucionario del proceso de la emancipación de España en 1810, dijo: “En una vida larga se puede haber soñado muchas locuras y hasta se puede vivir lo soñado [...]. Pero esto de dirigir un número de la *Revista de Occidente*, jamás ni dormida ni ebria (aunque no bebo lo suelo estar) apareció en

mi horizonte. Por lo tanto me tomó desprevenida y acepté el ofrecimiento con una total falta de *cautela*” (Ocampo, 1971: 4).

Durante gran parte de su trayectoria intelectual, Ocampo fue destinataria de ataques y de encasillamientos peyorativos de aristocrática y cosmopolita que la pusieron a la defensiva y a la ofensiva en varias ocasiones. Las críticas desde el peronismo y la izquierda nacional y popular de los años sesenta la estigmatizaron como “la líder de la *intelligentsia* liberal colonizada, imperialista y antinacional” (Vázquez, 2019: 80). En 1966 fue tapa del influyente semanario *Primera Plana* con el título, “Victoria Ocampo: ¿Cuánto le debe la cultura argentina?”. El periodista Tomás Eloy Martínez, en tono de reivindicación de su trabajo de varias décadas, decía: “... lo acepte o no, ha sido responsable, ha tenido el poder, (una rienda de poder), de la literatura argentina” (Martínez, 1966:55). El ofrecimiento de José Ortega Spottorno la sorprendió en ese contexto de cuestionamientos por publicar en *Sur* a autores extranjeros y por su formación en el idioma francés, costumbre entre las familias terratenientes de su tiempo, a pesar de que Ocampo se definía como argentina, criolla y sudamericana. El ofrecimiento de Ortega Spottorno supuso un reconocimiento a su labor por la cultura occidental en las postrimerías de su vida. En 1977, dos años antes de su muerte, aceptó el nombramiento de miembro de la Academia Argentina de Letras para abrir ese camino a otras mujeres. En su discurso de recepción dedicó un largo y afectuoso pasaje a Ortega y Gasset por haberla introducido en la lengua castellana e impulsado a desarrollar su vocación: “Yo era reacia a la lectura en español y lo fui, hasta la llegada de Ortega y Gasset. Estaba engolfada en la literatura francesa e inglesa” (Ocampo, 1977, 53).

En la presentación del número de *Revista de Occidente* que dirigió, no rehusó el debate sobre la hibridación lingüística y dejó su opinión sobre la lengua castellana de América, apoyándose en la autoridad de Ortega y Gasset al recordar uno de sus tantos diálogos: “Hasta le hacía gracia el voseo argentino. Aceptaba la existencia de una América que se salía de las hojas del Diccionario de la Real Academia con la irresistible impetuosidad del *yuyo* que también tiene derecho a tener hojas” (Ocampo, 1971: 69). En ese número 100 buscó que estuviera representado un sector importante de las letras argentinas, combinando autores consagrados de la generación de la directora, como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, su hermana Silvina Ocampo, Eduardo Mallea y Ernesto Sábato, además de escritores más jóvenes y la convocatoria al poeta Alberto Guirri, al narrador Juan José Hernández, al arqueólogo e historiador Alberto Salas, entre otros autores que aparecen en este ejemplar extra. Ocampo dio espacio a la obra mujeres nacidas en la década del treinta: a la poeta Alejandra Pizarnik y a las narrativas de Elvira Orphée y de Sara Gallardo quien, con *Eisejuaz*, sorprendió al inventar una lengua y una estructura gramatical, propia y mestiza en la que se expresaba un indígena contemporáneo. Renovado, el mestizaje estuvo presente en muchos artículos seleccionados de la segunda época de *Revista de Occidente*.

### 3. Conclusiones

Este trabajo ha procurado explorar la reapertura de *Revista de Occidente* en 1963 y pone de relieve el trabajo de Soledad Ortega y de Victoria Ocampo como mediadoras culturales para alcanzar esa meta. Las redes intelectuales entre la revista fundada en 1923 en Madrid por José Ortega y Gasset y *Sur*, en Buenos Aires en 1931, fueron los soportes para reincidir, como dijo Ocampo, en el lanzamiento de esta segunda época de *Revista de Occidente*.

Los epistolarios entre los protagonistas del tejido de esta trama transatlántica nos muestran de qué manera los vínculos personales son constitutivos para llevar adelante y sostener en el tiempo empresas culturales de gran envergadura. En un segundo plano, pero con un gran entusiasmo y laboriosidad, Soledad Ortega Spottorno contó con el apoyo y la experiencia de Victoria Ocampo para respaldarla y para enlazar el período de entreguerras de *Revista de Occidente* con el nuevo que se fraguaba. Ambas se manifestaron comprometidas en la liberación de las mujeres a través del trabajo cultural. Confió a su amiga en darle un nuevo enfoque donde los colaboradores se respondieran entre sí y los relatos de la escritora argentina sobre la situación de Hispanoamérica suscitaron un profundo interés en Soledad Ortega, la directora española en las sombras.

Se abrió así la agenda hispanoamericana en *Revista de Occidente* durante los años sesenta y setenta. Un coro muy diverso de voces de intelectuales españoles y latinoamericanos – de la nueva y de la vieja generación– discutieron sobre la identidad americana, sobre su pasado pre colonial, sobre el legado español y sobre su presente mestizo. Hubo una profundización de la reflexión de la autoconciencia –en un tono ensayístico ya practicado en la primera etapa– que desembocó también en la vieja y renovada polémica sobre el nombre del continente. Hubo posiciones antagónicas y otras de conciliación donde se evidenció la insistente preocupación por destacar la singularidad latinoamericana, subrayando lo original desde lo lingüístico, lo arquitectónico y lo literario.

En esta circulación de ideas transatlánticas hubo cierto acuerdo en la unidad de América como una sociedad lingüística valorizando la diversidad total de los particularismos idiomáticos. *Revista de Occidente* cumplió con uno de los objetivos ya trazados desde la primera época y mantenidos en estas décadas del sesenta e inicios de los setenta: llevó a España lo que consideró mejor de la literatura latinoamericana. Se abrió el diálogo entre los autores, como había pensado Soledad Ortega y se reavivaron las redes intelectuales ya tendidas, capturando un océano de palabras en castellano, peninsular y latinoamericano.

## Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, C. (2021): *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DEBRAY, C. (2007): “El socialismo, la imprenta: un ciclo vital” en *New Left Review*, nº 46, 2007, pp. 5-26.
- CHARLE, C. (2004): *Le siècle de la presse (1830-1939)*, Paris, Éditions du Seuil.
- (2000): *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Prólogo de FUSI, J. P., Madrid, Siglo XXI.
- CORTÁZAR, J. (1963): “Una flor amarilla” en *Revista de Occidente*, 1963, nº6, pp. 308-315.
- CHIKIAR BAUER, I. (2023): *Virginia Woolf y Victoria Ocampo. Biografía de un encuentro*. Buenos Aires, El Ateneo.
- CHUECA GOITIA, F. (1966): “Invariantes en la arquitectura hispanoamericana” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 241-273.
- DÍEZ DEL CORRAL, L. (1966): “La unidad del mundo hispánico a través de los hermanos von Humboldt”, en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 274-298.
- DORESTE VELÁZQUEZ, V. (1967): “Análisis de Borges” en *Revista de Occidente*, nº 46, 1967, pp. 50-62.
- GAOS, J. (1966): “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 168-178.
- GOLDMANN, L. (1980): *La creación cultural en la sociedad moderna*, Barcelona, E. Fontamara.
- ESPAGNE, M. (1999): *Les transferts culturels franco-allemands*, Paris, Presses Universitaires de France.
- ESPAGNE, M. Y WERNER, M. (1988): *Transferts: les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand (XVIIIe et XIXe siècle)*, Paris, Éditions Recherche sur les civilisations.
- GIRBAL-BLACHA, N. Y QUATTROCHI –WOISSON, D. (comp.) (1999): *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- KUBLER, G. (1966): “Indianismo y mestizaje como tradiciones clásicas medievales americanas” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 158-167.
- LAPESA, R. (1966): “América y la unidad de la lengua española” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 300-310.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1966): “Meditaciones de Teotihuacán” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 151-157.
- MARÍAS, J., (1966): “Hispanoamérica desde el escritor” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 179-190.
- MÁRQUEZ PADORNO, M. (2023): *Motor de igualdad. La Residencia de Señoritas (1915-1936)*, Madrid, Fundación Ortega-Marañón.
- MARTÍNEZ, T. E. (16 al 21 de marzo de 1966): “Victoria Ocampo: una pasión argentina” en *Primera Plana*, año IV, nº 168, 1966, pp. 51-55.
- MISTRAL, G. (1966): “La lengua de Martí” en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966 pp. 133-150.
- MURENA, H. (1965): “América, su pecado y sus exégetas” en *Revista de Occidente*, nº 25, 1965, pp. 77-85.

- OCAMPO, V. (1934): "Carta a Virginia Woolf" en *Revista de Occidente*, nº 137, 1934, pp. 170-177.
- (1935): "La mujer y su expresión" en *Sur*, nº 45, 1935, pp. 25-36.
- (1963): "Releer, reincidir, regraciar" en *Revista de Occidente*, nº 1, 1963, pp. 72-79.
- (1963): "Saludo a la Revista de Occidente" en *Sur*, nº 282, 1963, pp. 3-4.
- (1967): "Vida de la revista Sur. Treinta y cinco años de una labor" en *Revista de Occidente*, nº 47, 1967, pp. 129-150.
- (1971): "Envío al Director de Revista de Occidente" en *Revista de Occidente*, nº 100, 1971, pp.3-6.
- (1977): "Discurso de recepción de Doña Victoria Ocampo", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, vol. XLII, p. 53.
- RAMA, A. (2005): "El boom en perspectiva" en *Signos Literarios*, vol. 1, nº 1, enero-junio 2005, pp. 161-208.
- ROSEMBLAT, A. (1967): "El futuro de la lengua" en *Revista de Occidente*, nº 56-57, 1967, pp. 155-191.
- RUBÍN de la BORBOLLA, D. F. (1966): "Arte popular y artesanías mexicanas precolombinas" en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 218-226.
- SOBRINO VEGAS, A. L. (2014): "Las revistas literarias: una aproximación sistémica" en *Revista Signa*, nº 23, 2014, pp. 827-841.
- SOSNOWSKY, S. (ed.) (2002): *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza.
- SUCRE, G. (1968): "Relectura de Rubén Darío", en *Revista de Occidente*, nº 61, 1968, pp. 46-68.
- TARCUS, H. (2020): *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Temperley, Tren en movimiento.
- (2021): "El ciclo histórico de las revistas latinoamericanas. Trazos de una genealogía" en *Nueva Sociedad*, nº 291, enero-febrero de 2021, pp. 192-207.
- TORRE, de G. (1927): "Índice de la nueva poesía americana" en *Revista de Occidente*, nº 44, 1927, pp. 269-273.
- TORRE, de G. (1966): "La originalidad de la literatura hispanoamericana" en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 191-205.
- TORRE, de G. (1968): "Rubén Darío (1867-1916)" en *Revista de Occidente*, nº 58, 1968, pp. 69-75.
- USLAR PIETRI, A. (1963): "Simeón Calamaris" en *Revista de Occidente*, nº 3, 1966, pp. 301-329.
- USLAR PIETRI, A. (1967): "El mestizaje y el Nuevo Mundo" en *Revista de Occidente*, nº 49, 1966, pp.15-29
- VÁZQUEZ, M. C. (2019): *Victoria Ocampo, cronista outsider, Rosario, Beatriz Viterbo*, Buenos Aires, Fundación Sur.
- VERA BALANZA, T., & BALLESTEROS GARCÍA, R. M., (2021): "Genealogías feministas ibéricas: itinerarios desde la comunicación y el activismo en torno a sororidades compartidas" en *RIHC. Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, nº 16, 2021, pp. 42-64.
- ZEA, L., (1966): "La filosofía en Hispanoamérica" en *Revista de Occidente*, nº 38, 1966, pp. 206-217.